
Hacia Ramón a través de Torres Villarroel

Sin duda alguna, la relación más visible entre Torres Villarroel y Ramón Gómez de la Serna es la lingüística, la habilidad conceptista, el juego de palabras que caracteriza a ambos escritores. *Automoribundia*, en efecto, bien podría ser un título torresiano, además de quevedesco¹. Pero existen otras relaciones, sin embargo, igualmente visibles, visibilidad que se registra de forma muy concreta al comparar las autobiografías de ambos autores. Ascetismo, al lado de vanidad, acompañados igualmente por la rebeldía: he ahí tres semejanzas particularmente notables, aunque no ignoramos que las tres pueden verse citadas con frecuencia como bastante típicas del carácter español e hispánico en general. Pero antes de caer en la tentación de fijar constantes literarias y nacionales², adelantemos que la coincidencia de estos tres elementos en las dos autobiografías que nos preocupan, no obsta para que las dos obras constituyan un ejemplo de textos polares dentro de un mismo género.

Dicho de una vez, comparar la autobiografía de Torres con la de Ramón exige reconocer a todo momento las distintas —radicalmente distintas— funciones a que

¹ De «quevedesco» lo califica José-Carlos Mainer en su «Prólogo» a *El incongruente* (Barcelona: Picazo, 1972), pág. 11. Ya hicimos esta misma observación en cuanto a ese título ramoniano en la nota 2 de «Voces narrativas y estructura autobiográfica de Automoribundia», conferencia pronunciada en Aix y en el Segundo Congreso dedicado a la autobiografía hispánica, en cuyas *Actas* se publicará. Ahí, además, mencionábamos la utilidad de una comparación entre la autobiografía de Ramón y la de Torres, que es lo que ahora intentaremos llevar a cabo si bien en aquel entonces, y como se podrá deducir de esa misma nota al calce, aún no nos habíamos percatado del todo de las conclusiones contrastantes que establecería esa comparación. Límites de tiempo y espacio no nos permitieron desarrollar ahí ciertas ideas que ahora analizaremos más detalladamente.

² Sin en ningún momento querer negar el valor de semejantes estudios basados sobre supuestas idiosincrasias nacionales, aunque siempre con la debida cautela. El tema no ha dejado de preocupar a la crítica (si bien queda mucho por hacer aún), desde que, a principios de siglo, Anna Robeson Burr dedicara alguna atención a él (subjativa como fuera) en el capítulo XI, «Nationality and Profession» de su *The Autobiography. A Critical and Comparative Study* (Boston, Houghton Mifflin, 1909), págs. 191-211, especialmente a partir de la pág. 198. Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina* (Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, s. f.), en especial, págs. 12-13; Juan Carlos Ghiano, «Autobiografía y recato», *Ficción*, núm. 14 (julio-agosto, 1958), págs. 113-116, y el editorial anónimo titulado «Las zonas desérticas de nuestra literatura», *Revista de Literatura*, IV, núm. 8 (octubre-diciembre, 1953), pág. 262, serían tres de los escasísimos ejemplos de crítica hispanista que ha tocado el tema en su manifestación hispánica, más que internacional. En este último sentido —más olvidado aún entre los hispanistas— cabe mencionar el ensayo de Paul Ilie, «Franklin and Villarroel: Social Consciousness in Two Autobiographies», *Eighteenth Century Studies*, VII (1974), págs. 321-342, excelente muestra de ese posible valor de un estudio basado sobre características nacionales. Finalmente, y volviendo ahora a la manifestación hispánica, nosotros mismos abordamos el tema en «La autobiografía en España (Más reflexiones hacia el orientalismo)», *Sin nombre*, III, núm. 3 (enero-marzo, 1973), págs. 26-37.

son sometidos ciertos elementos, en principio semejantes, pero en concreto y textualmente, de muy diferente propósito y sentido. Entenderlo bien, llegar al fondo de esa simultánea semejanza y diferencia autobiográficas, supone, claro está, y por lo pronto, entender mejor dos personalidades autobiográficas. Luego, por ser precisamente tales (autobiográficas), y superado todo prejuicio en contra de la vida como posible fuente para la crítica, supone, asimismo, disponer de un conocimiento que podría resultar muy útil y aprovechable para mejor entender y descifrar ahora dos personalidades creadoras y sus respectivas creaciones en general ³.

Salta a la vista el conflicto entre la vanidad mundana y el espíritu ascético que se da en las dos autobiografías. En la *Vida* está documentado de sobra el asunto ⁴, mientras que en *Automoribundia*, sólo hace falta leer unas páginas para apreciarlo. Dios, ajuste de cuentas con la vida, arrepentimiento, examen de conciencia, pecado, misericordia: términos y conceptos ascéticos y religiosos en el «prólogo» de una autobiografía, que no dejará unas páginas después de convertirse en una apología jactanciosa, al igual que la de Torres, pues ⁵. Pero con una diferencia fundamental. Y es que lo que es en Torres y su *Vida* objetivo fundamental, será en Ramón y la suya algo subordinado a un fin autobiográfico mayor.

Enfoquemos específicamente ahora la estructura apologética de ambas autobiografías para captar del todo esta diferencia. A pesar de la oposición, o matización, que nos han hecho ciertos críticos ⁶, seguimos creyendo que el motivo apologético-laudatorio es el factor estructural determinante de la *Vida*, de Villarroel ⁷. Asegurarle a todos sus contemporáneos de su valía personal, social y profesional, es para Torres

³ En vista de esa escasez en cuanto a crítica hispanista dedicada al género autobiográfico que mencionábamos en la nota anterior, hay que pensar que aún no ha apreciado del todo esa crítica estas posibilidades del género frente a una visión más cabal y general —aunque no por eso menos importante en determinadas obras y circunstancias— de la personalidad creadora y su creación, modificada como tenga que estar siempre por el texto particular que se estudia en cualquier momento dado, conviene repetirlo siempre. Cabría reflexionar aquí sobre la importancia que atribuye cierta escuela histórica a la biografía como método para mejor entender una época, método que, a primera vista, al menos, podría ser aplicable asimismo a la autobiografía. Véase al respecto Donald Greene, «The uses of Autobiography in the Eighteenth Century», Philip B. Daglian, editor, *Essays in Eighteenth-Century Biography* (Bloomington, 1968), pág. 55.

⁴ Siendo Russell P. Sebold la fuente principal en este sentido, y especialmente en su «Mixtificación y estructura picarescas en la "Vida" de Torres Villarroel», *Insula*, núm. 204 (noviembre 1963), págs. 7 y 12, recogido posteriormente en su libro *Novela y autobiografía en la «Vida» de Torres Villarroel* (Barcelona, Ariel, 1975), págs. 131-149.

⁵ Para *Automoribundia*, 1888-1948, utilizaremos la edición de Guadarrama (Madrid, 1974), en dos tomos, citando por tomo y página, y cuando sea necesario, añadiendo el capítulo. Para la *Vida* de Torres, usamos la edición de Guy Mercadier (Madrid, Castalia, 1972).

⁶ Como Dámaso Chicharro, para citar al más reciente, en la «Introducción» a su edición de la *Vida* (Madrid, Cátedra, 1980), en especial, página 68, aunque no nos consideramos tan «exclusivista y tajante» como se nos pinta ahí, y como tendremos ocasión de ver después.

⁷ Según expusimos en *La «Vida» de Torres Villarroel: literatura antipicaresca, autobiografía burguesa* (Chapel Hill: University of North Carolina, Estudios de Hispanófila, 1975), especialmente en el capítulo II, «La estructura autobiográfica de la *Vida*», págs. 57-85, publicado antes como artículo en la revista *Hispanófila*, núm. 41 (1970), págs. 23-53. Sirva este libro nuestro como fuente de las ideas sobre la *Vida* que aquí volveremos a presentar, si bien cuando sea necesario, haremos referencia concreta a él.

principal y primordial. También a Ramón le interesa el reconocimiento, por supuesto, como se puede sospechar ya por el solo hecho de haber escrito una autobiografía, género que de una forma u otra implica ya una apología que suele engendrar a su vez una confesión, ya bien religiosa, ya bien mundana, pero en todo caso siempre susceptible de jactancia, en mayor o menor grado, y disfrazada como pueda estar ⁸. Pero a Ramón le interesa un reconocimiento muy concreto, y de una forma tan especial, hasta hacernos sospechar ese motivo mayor y trascendental detrás de su afán de ser reconocido.

Si Torres pide aprobación como persona, catedrático de matemáticas, escritor de almanaques y pronósticos (así como de otros géneros), burgués y *self made man*, Ramón se limita a hacer hincapié en su contribución literaria. Este énfasis en lo literario de *Automoribundia* se manifiesta desde la primerísima frase del «prólogo»: «Título este libro “Automoribundia”, porque un libro de esta clase es más que nada la historia de cómo ha ido muriendo un hombre y más si se trata de un escritor al que se le va la vida más suicidamente e(sic) estar escribiendo sobre el mundo y sus aventuras» (I, pág. 10). Tarde o temprano, surge siempre la dimensión de escritor, el aspecto literario, y con el mismo «ciego empuje de jabalí» (I, pág. 120) con que nos describe Ramón el nacer de su vocación literaria. Bien podríamos aprovechar aquí —por lo significativo— otro de esos títulos tan acertados con que Ramón rubricaba inconfundiblemente sus libros. Nos referimos nada menos que a su primer libro, *Entrando en Fuego*: la expresión coloquial cobra ahora una carga semántica especial, y hasta casi literal. Fuego —eso mismo— pasión, y con el carácter de una lucha ideológica, es lo que será la literatura para Ramón. Fuego-pasión, y fuego-lucha también, recordando así al soldado que entra en combate por primera vez, origen precisamente de esa frase coloquial. Ramón quiso ser —y lo logró— un mártir de la literatura, renunciando a todo con tal de poder seguir escribiendo, y escribiendo hasta solapas de libros para poder sobrevivir ⁹.

⁸ Para la mezcla, más o menos inevitable, de diferentes formas, o subgéneros, dentro del género autobiográfico, puede consultarse Roy Pascal, *Design and Truth in Autobiography* (Cambridge, Harvard University Press, 1960), capítulo I, dedicado justamente a la definición de la autobiografía como especie literaria. Desde la publicación de este libro, han aparecido otros que bien merecen la pena de tomarse en cuenta, y Francia, en especial, es el país que recientemente ha revelado una gran inquietud en lo que a la literatura autobiográfica respecta, al menos en comparación con la relativa indiferencia de años anteriores que caracteriza el género por lo que a la crítica literaria se refiere. Así, para citar sólo algunos títulos, están los de Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique* (París, Seuil, 1975), y *Je est un autre* (París, Seuil, 1980), el de Beatrice Didier, *Le journal intime* (París, Presses Universitaires de France, 1976), sin agotar, ni mucho menos, la lista, siendo Francia asimismo el país donde se han celebrado los dos primeros congresos internacionales dedicados a la autobiografía hispánica, organizados, casualmente, por el villarroelista francés, cuya edición de la *Vida* es la que utilizamos aquí, Guy Mercadier. Las actas del primero de esos dos congresos podrían sumarse, pues, a la lista, habiendo sido publicadas con el título de *L'autobiographie dans le monde hispanique* (Aix, Université de Provence, 1980), así como las del segundo, cuya publicación es inminente, según dijimos ya en la nota 1. Hay otro título que nos es de especial interés, el de Michel Beaujour, *Miroirs d'encre* (París, Seuil, 1980), ya que está dedicado a la forma específica del autorretrato, modalidad en la que cabe y entra perfectamente *Automoribundia* con gran naturalidad, conforme nos esforzamos por señalar en nuestra conferencia citada igualmente en la nota 1.

⁹ «... sentí la vocación de mártir que había de formar mi vida literaria», nos dice en I, pág. 113, martirio